

¿Qué hacemos con nuestro pasado?¹

Andrea Peruffo²

La relación con el tiempo es uno de los componentes centrales de la calidad de vida de las personas, pero el pasar del tiempo puede ser fuente de esperanza o desánimo, de espera o una pesadilla, de deseo o preocupación... Si además analizamos el contexto fundamentalmente educativo, la experiencia nos enseña que ayudar a una persona a hacer y a mantener un proyecto de vida significa trabajar con ella para relacionar su presente con sus proyectos futuros y también con su pasado. Muchas veces, eso es difícil y problemático.

¡Todo ha cambiado!

Al volver de una experiencia de voluntariado internacional, Lucas elige ir hablar con su joven párroco. Hasta ahora, había hablado poco con él; nunca había atravesado la puerta de la canónica y tampoco iba de manera regular a la iglesia. Pero ahora quiere compartir con su párroco la experiencia que hizo recientemente.

Su inicio se asemeja a la de aquellos que dejan entrever la importancia del momento. Después de alguna introducción, Lucas llega al tema central: «Sabes, pasó algo importante en el mes en el que no estuve... ¡es difícil contarlo y también para quien no lo vivió, entenderlo!». El párroco lo anima. Lucas prosigue: «Bueno, en palabras simples, siento que algo cambió dentro de mí. No quiero decir que ahora tenga todo claro, al contrario. Tengo más confusión que antes, pero intuí que debo dar un cambio en mi vida: cortar con el pasado marcado por cosas normales pero repetitivas y vacías, y poder abrir un nuevo capítulo. En los momentos de oración con los misioneros encontré a un Dios diferente, más cercano a la gente, más cercano a mí. Ya no puedo fingir que no pasa nada...». En el silencio que sigue a sus palabras, Lucas parece dejarse transportar por recuerdos de momentos muy intensos.

1 PERUFFO, Andrea, *Cosa ne facciamo del nostro passato?* en «Tredimensioni» 4 (2007) 182-192. Traducción: Fredy Jara para el Curso de *Psicología Evolutiva*, Facultad de Teología “Monseñor Mariano Soler”, Montevideo (2012).

2 Psicólogo, Seminario de Vicenza (Italia).

«Me parece bello lo que estás viviendo», dice el sacerdote con cara sonriente y complacida por ver las infinitas vías a través de las cuales Dios obra. Pero interiormente se queda muy pensativo. Antes de partir a la misión, Lucas iba poco a la iglesia. Por su madre, el párroco supo que él es estudiante universitario con exámenes pendientes, y conociéndolo un poco, se hizo la idea de que es un chico bastante polémico. Sus amigos lo conocían por su testarudez y por los desafíos que entablaba con ellos y con su misma novia, a la cual había dejado sin muchas razones con la excusa de que partía para América Latina.

Lucas sigue hablando en forma apasionada y cautivante: «Como te decía, mi vida cambió... ¡con toda aquella pobreza que vi! Y pensar que si estuve con mi novia fue sólo porque me había atraído su belleza. Ahora me gustaría donar a los demás no sólo un poco de mi tiempo, sino todo, toda mi vida. Querría irme... y vivir la sencillez del Evangelio». El párroco recuerda que Lucas es hijo único de una familia muy rica.

Mientras está hablando, Lucas se queda por un momento en silencio casi dándose cuenta que se está adelantando demasiado. «No ahora mismo evidentemente, también porque hay que entender bien qué es lo que me está pasando... y también porque mis padres no entienden qué estoy buscando ya que en casa tengo todo lo que quiero... ¿Tú qué piensas sobre esto? ¿Te parece que soy uno de los muchos jóvenes ilusos que quieren cambiar el mundo?».

El encuentro sigue de manera cordial por casi una hora. Lucas, con su entusiasmo, parece tener también la consciencia del recorrido que tiene que hacer. Por una parte le gustaría terminar la universidad, y al mismo tiempo piensa cultivar esa idea, abierto a las diferentes propuestas.

Creo que a todos, de manera intuitiva, nos surgen espontáneamente algunas preguntas: ¿Quién es Lucas? ¿De dónde le nace ese deseo? ¿Quién era antes de esa experiencia? ¿Qué hacía? ¿Y si fuese sólo una emoción momentánea? Todos sabemos que muchas buenas intuiciones que nacen en un contexto de experiencias fuertes después terminan por vaciarse en contacto con la rutina cotidiana que parece agotar la carga ideal de la experiencia vivida, y donde el pasado, que se creía haber borrado, vuelve con sus preguntas y sus inquietudes.

Enfoquemos nuestra atención en la relación entre cambio de vida y pasado, y preguntémosnos: ¿basta «dar vuelta la página» detrás de la estela del nuevo evento iluminador, o hay que de alguna forma conectar la novedad con lo que existía antes?³.

El tiempo partido

La referencia al pasado como llave de lectura para obtener el proceso evolutivo de la vida nos lleva a una consideración que por un lado puede resultar descontada pero por

3 Sobre este tema cfr. IMODA, F., *Sviluppo umano; psicologia e mistero*, EDB, Bologna, 2005, pp.108-123. NdT: en español, IMODA, F. *Desarrollo Humano, Psicología y Misterio*, Universidad Católica de Salta, Argentina 2001, pp 125-140.

otro, es determinante: la existencia humana se despliega en el tiempo y es precisamente en el fluir del tiempo que asume progresivamente una forma. El fluir de los días llega a ser una historia personal que se encuentra y entrelaza con la historia de otras personas, y ese entrelazamiento llega a ser una biografía, una narración impregnada de hechos-recuerdos, emociones, esperanzas. En suma, el tiempo llega a ser un componente fundamental para la progresiva configuración de nuestra identidad.

A este propósito puede ser interesante recordar la perspectiva de Galimberti que explica algunas psicopatologías usando la categoría del tiempo y las lee en términos de desestructuración de la temporalidad⁴. A la persona maníaca, que está totalmente proyectada en un presente sin raíces ni futuro, momentáneo y fugaz en un sucederse de instantes, le hace eco la situación depresiva donde se encuentra la persona, casi prisionera del propio pasado, y su presente parece ser un pesado y triste repetirse de cosas ya vistas. Son situaciones en las cuales el futuro no existe sino como edición actualizada de algo ya experimentado, el pasado de hecho no es pasado sino que congela el presente y bloquea el futuro de la persona.

Otras veces, hay espacio sólo para un eterno presente, como en el caso de quien se describe como una persona impulsiva: en perspectiva temporal, eso puede decir que el impulsivo es como esclavo del presente momentáneo donde las funciones integrales y más evolucionadas del Yo no pueden cumplir adecuadamente sus deberes.

Hay también personas ancladas en forma nostálgica a su pasado, cuyo deseo más grande es regresar o hacer que vuelva un pasado ideal⁵. La persona nostálgica añora algunos aspectos de su pasado con un recuerdo que asume un sabor agridulce. Puede referirse a algún momento de la infancia o también alguna otra etapa de la vida, pero a la base parece estar el dolor por aquel pasado precisamente porque ya no es más recuperable y el deseo obstinado de hacerlo presente y actual. Entonces, el mecanismo de la nostalgia está asociado a la incapacidad de vivir y superar el luto de la pérdida. La experiencia del desapego no tuvo éxito, con la consecuente incapacidad para recuperar el pasado según una nueva modalidad. Apegado en forma tenaz a un pasado que ya no existe, el nostálgico no sabe vivirlo en el presente con una modalidad nueva y por eso renuncia al presente. Sin embargo, inconscientemente aquel pasado no es aceptado en sus implicancias más profundas ni siquiera por la persona nostálgica: prueba de eso es el hecho de que los recuerdos obran en el presente como una fuerza que frena y disturba en relación a los nuevos contextos de vida. En términos de la psicología evolutiva aquello que la persona nostálgica vive, propone y recorre otra vez el dilema «separación-individuación» del niño: ya en la infancia, el niño descubre que hay una separación que hay que vivir, y sabe que ésta provoca sufrimiento, pero que también es vital ya que sólo separándose de

4 GALIMBERTI, U., *Psichiatria e fenomenologia*, Feltrinelli, Milano 2000, pp. 251-272.

5 Cfr. KLEINER, J., *Solitudine e Nostalgia*, Bollati Boringhieri, Torino, 1993, pp. 61-96.

las figuras de referencia podrá asumir su propia identidad que lo llevará a vivir el mundo de modo personal.

Pasado repetido, negado, sufrido, preservado...: modalidades diferentes de vivir la relación con el tiempo, de manera tal de favorecer o no el pasaje hacia el principio de realidad, verdadero viraje en la maduración del individuo.

Vivir bien el tiempo implica hacer que el pasado llegue a ser memoria personal (además de colectiva) que garantice la calidad del presente, y con el presente abra a ulteriores direcciones hacia el futuro, en una tensión que nunca se elimina del todo. Necesitará esperar a la edad de la sabiduría (refiriendo al octavo estadio de Erikson o a la sabiduría bíblica) para que lo que ya fue sea maestro de lo que será y el todo sea considerado digno de ser entregado a las generaciones futuras para ayudarlas en sus inicios. Pero el sabio del futuro tendrá que haber sido un joven que ha sabido interrogar y acoger su pasado.

Tres maneras de vivir el pasado

Preguntarse sobre el pasado de la persona que encontramos en vista a que realice un camino de madurez obedece, desde el punto de vista psicológico, a un presupuesto teórico importante: para construir algo significativo en el futuro de la persona se debe estar atentos a su pasado del cual no se puede prescindir en el bien o en el mal. La referencia al mundo ideal y a los valores personales, o el conocimiento de sus características actuales no son suficientes para poder hacer un proyecto que desafíe al tiempo en el signo de la perseverancia.

Sobre el punto teórico de la importancia del pasado muchas escuelas psicológicas están de acuerdo⁶. Pero de qué manera manejar las informaciones del pasado, es menos claro. El riesgo es que se puede caer en una especie de determinismo "irresponsable" que, con simplificaciones excesivas, tiende a reducir la complejidad del ser humano a pocas categorías que deberán ser capaces de iluminar lo vivido⁷.

6 Ciertamente todas las escuelas de una matriz psicodinámica se encuentran en el asunto de la necesidad de encontrar raíces psico-genéticas de una situación más o menos patológica que la persona actualmente vive. En cambio, las escuelas de orientación conductista no están interesadas de manera directa en el pasado de la persona prefiriendo concentrarse sobre el comportamiento concreto y presente para modificarlo con técnicas específicas. Matices diversos los encontramos en la escuelas de impronta cognitiva, donde el pasado puede ser importante para entender y modificar ciertas modalidades distorsionadas de razonamiento que la persona asumió como propias.

La pregunta no es: ¿cómo deshacernos del pasado o cómo conservarlo? Sino: ¿qué cosa hacemos, hoy, de nuestro pasado inevitablemente presente? ¿Qué tipo de presencia queremos reservarle?

La pregunta es interesante también porque, hallando distintas personas e historias, fácilmente se puede verificar que el pasado es considerado y vivido de maneras muy diversas. Para algunos es un peso insoportable de recuerdos que desean olvidar, para otros es un bagaje de eventos inolvidables para inmortalizar, para otros se trata simplemente de ligerezas para recordar con una sonrisa bonachona, para otros un período para renegar en nombre de aquella novedad o conversión que debería haber marcado un nuevo inicio... Podemos re-agrupar las infinitas maneras de relacionarse con el pasado en las tres modalidades que siguen a continuación.

¡El pasado no cuenta!

En esta modalidad se dice a sí mismo y a los demás que aquello que pasó antes no es tan importante y también se puede ignorarlo, dado que no existe más y no está tan claro en la memoria... Esta interpretación florece allá donde se resalta la importancia del presente por la fuerza regeneradora que la nueva experiencia les ha provocado. Recibe una posterior (y falsa) interpretación en perspectiva teológica que pone al centro, la acción de Dios capaz de hacer nuestras las cosas viejas. Volviendo a Lucas, si el párroco sigue esta modalidad felicitará a Lucas, lo animará a que no deje pasar esta oportunidad, y confirmará que lo que Lucas siente es una llamada a una nueva vida: ¡hay un nuevo comienzo y esto es lo que importa! En un segundo momento, fortalecerá esta novedad y lo podrá hacer tanto a nivel cognitivo como también emotivo: le hablará de la conversión y propondrá a Lucas el intercambio con personas que vivieron cambios como el suyo. Si imaginamos todo esto gráficamente en una línea donde en el eje horizontal está marcado el desarrollo del tiempo y en el eje vertical la calidad de vida (entendida en sentido global), el gráfico resultará de alguna manera fracturado con un salto hacia arriba preciso y nítido y con una línea que delimita un antes y un después.

¡El pasado es determinante!

Una segunda posibilidad es la de ponerse a recoger la biografía del pasado con atención particular a las varias vivencias, sobre todo a las más cruciales. Como el arqueólogo, se va en búsqueda de las huellas de los pasajes más importantes que marcaron la vida de la persona y de alguna forma determinaron las elecciones futuras. A Lucas se le pediría hacer la historia de su vida, de la familia, de las amistades, de sus experiencias...

7 Para profundizar sobre la relación entre pasado y presente en términos de correlación pero no de causalidad, cfr. BRENA, E., *De madre a hijo. Cuidados parentales y desarrollo de la personalidad* (traducción), en <http://www.isfo.it/it/Rivista-3D/Spagnolo.html> Cfr. artículo original italiano en «Tredimensioni» 2 (2005), pp. 50-61.

como una forma de encontrar en ese recorrido las etapas de su proceso de desarrollo. El procedimiento tiene sentido: en todos nosotros siempre actúa la “memoria afectiva” que es aquel particular tipo de memoria que no sólo recuerda sino que colorea los recuerdos con una carga emotiva, motivo por el cual algunas experiencias pasadas son memorizadas como interesantes (y por ende para repetir) mientras otras como desagradables (y por que hay que evitar). Profundizar en el pasado puede ayudar a recordar afectivamente en manera correcta, de manera que el recuerdo no lleve sólo a “repetir” o a “evitar”, sino que pueda liberar nuevas energías y posibilidades de vida. En este recorrido hay un desequilibrio en la perspectiva del pasado, poniendo mayor más atención en los elementos inconscientes de la persona que en los conscientes, presentes en las intenciones y en el contarse. Sin embargo, hay que distinguir entre el determinismo del peso, a veces determinante, del inconsciente, capaz de frenar y/o nublar la libertad y la voluntad del sujeto en sus elecciones conscientes.

El pasado para un futuro que dure

Esta modalidad parte de la tesis que si bien es verdad que no se puede prescindir del pasado de una persona, también es verdad que no se puede olvidar su libre proyectarse en el futuro.

Considera que las dos aproximaciones anteriores son útiles pero insuficientes. Cada una de las dos aproximaciones aprovecha sólo la mitad del potencial contenido en la experiencia. El primero porque se limita a las fuerzas actuales presentes en el sujeto y a su organización en referencia a un fin. El segundo porque se concentra en la relación simbólica entre pasado y presente y entre inconsciente y consciente. Para vivir bien el presente se puede volver atrás hasta llegar a un pasado ya consolidado y escarbarlo profundamente, o bien alegrarse por la novedad del presente. Pero también – y ésta es la tercera modalidad – se puede mirar hacia adelante para descubrir cómo se estaba y se está preparado para el futuro. Cuando nos volvemos hacia atrás, el hoy es dejado a sí mismo. Cuando miramos para adelante queremos también garantizar lo que pasará desde hoy en más. Son tres maneras de tratar el presente: como efecto del pasado, como organización del hoy, como proyecto del futuro.

Esta tercera modalidad ve la novedad del presente que asume la forma de nuevas esperanzas y deseos, pero no lo aísla en sí mismo, porque si el presente no remire a los episodios precedentes no está dicho que sea anticipo de un futuro mejor. Pero mira también al pasado para recuperar la memoria afectiva e introducirla en un presente que desafíe el tiempo en el signo de la perseverancia.

Usar bien el propio pasado

Esta tercera - y más satisfactoria - modalidad de relacionarse con el propio pasado como garantía de futuro, en un nivel operativo, aconseja moverse según una triple directiva⁸.

Aceptación

En primer lugar se debe trabajar para saber acoger la propia historia. Lo que no se puede dar por descontado, ya que aceptar no significa tomar posesión ("¡pasó así!"), sufrir lo inevitable del acto ("¡no puedo hacer nada para evitarlo!"), su insignificancia ("¡no importa, no es nada!") y tampoco darse por vencido ("¡paciencia!"), sino dejar que nuestra historia hable por sí sola, aportando una información útil para abrir nuevos horizontes. Esto no es fácil, sobre todo si se trata de un pasado que habla sólo de sucesos negativos, imborrables, que perduran en el tiempo y su recuerdo continúa haciendo daño⁹. No es fácil dejar que este pasado hable sabiamente, aún siendo positivo, porque en este caso aunque no exprese malos recuerdos sí lo hace de manera nostálgica, no haciéndonos capaces de superar el luto. Para que salgan palabras sabias es necesario pasar por la elaboración de dicho luto y, como decíamos más arriba, a través del dilema de la separación-identificación.

El pasado de Lucas es importante a fin de que no vaya a construir la casa sobre la arena. Debe indagar en su pasado para encontrar líneas de fragilidad y de fuerza, las situaciones enredadas que necesitan de un trabajo paciente de simplificación, las potencialidades advertidas pero dejadas en suspenso o las respuestas incorrectas a preguntas justas. Sería muy aconsejable tener información más profunda sobre el pasado universitario de Lucas, sobre cómo vivió su estado económico-familiar, o sobre qué quiso decir cuando él habló de "más confusión que antes". La intención no es oscurecer el nuevo descubrimiento de Lucas sino ayudarlo a descubrir su historia que, en su totalidad y aún con sus contradicciones, lo llevó a aquella experiencia de voluntariado y a las preguntas de sentido vinculadas a ella. El pasado no es algo para olvidar, porque en él se dieron aquellas llamadas expresadas, quizás expresados sólo como heridas, deseos u omisiones, que estimularon a Lucas a ponerse en movimiento. Y quizás, en su pasado, haya otras llamadas que esperan ser expresadas y salir a la luz.

Aceptar el pasado es entonces, vivir en actitud de continua y progresiva reelaboración de la propia historia para que se convierta en una historia que *hable* sobre el misterio de la vida. Hechos que en un primer momento parecería mejor olvidar lo antes

8 IMODA, F. *Desarrollo Humano, Psicología y Misterio*, Universidad Católica de Salta, Argentina 2001, pp 130-133.

9 También en el trabajo más estrictamente terapéutico, uno de los aspectos importantes que el terapeuta y el cliente deben clarificar está vinculado a la aceptación de sí, de aquello que no puede ser cambiado, y que el cliente que va a terapia espera cambiar de manera más o menos mágica.

posible porque son pesados e inútiles, a menudo son las primeras etapas de un historia vocacional. Retomando la imagen gráfica de la línea de vida mencionada antes, habrá - siempre en el eje temporal - un momento de cambio, pero éste no será un cambio neto ni preciso sino algo más lineal que reconoce como algunos elementos de la vida pasada, estuvieron cargados de posibilidades que poco a poco se van explicitando.

Responsabilidad

Lucas, en la novedad del hoy, debe asumir también la autoría de su pasado. Al ir a conversar con su párroco muestra ya esta dirección. El tema interesante para profundizar, podría ser su antiguo modo de entablar relaciones con un estilo testarudo y desafiante tan notorio para sus amigos, para evitar el riesgo de que la Iglesia y el hambre en el mundo lleguen a ser su nuevo campo de batalla del cual antes o después va a salir desilusionado, e irá a la búsqueda de nuevos desafíos. Si Lucas reconoce hoy, como suyo, su viejo estilo, abandonando la ilusión de que se haya desvaneció como nieve bajo el sol, se cuidará más de no reactivarlo con contenidos nuevos pero viejos en substancia.

El pasado aceptado no obliga a que se lo repita sino que es escuela de libertad para jugársela en la cotidianidad del presente. Un tipo de "pensamiento responsable" de Lucas podría ser este: «ya que reconocí en mi historia la tendencia al desencuentro y a desafiar aún en nombre de grandes ideales, ahora ¿cómo puedo, luego de mi experiencia misionera, vivir mi regreso a mi país? ¿Hago una nueva batalla con estilo *no global* o activo un pensamiento crítico y propositivo que se responsabiliza, comenzando por ejemplo a ponerme al día con la universidad y a ser un poco menos el "hijo de papá adinerado"»?

Llamado al futuro

Aceptación y responsabilidad preparan la tercera directriz, aquella de la llamada al futuro. Del "recuerdo aquel que era", pasando por "soy también aquel que era", se agrega - casi por inercia - al "...y ahora, ¿cómo me muevo?". Esta tercera directriz es como el toque del trompeta que incita a deshacer el campamento, la campana que anuncia que el tren reparte.

Cuando Lucas dice que «se trata de entender bien», no debería referirse a un discurso técnico (¿quedarse o ir en misión?, ¿Terminar la Universidad o dar el tiempo a los otros? ¿Seguir con la novia o frecuentar el grupo misionero?...). Debería desplazar la atención de los contenidos (¿qué acciones tomar?) al horizonte de vida (¿con qué estilo vivir?). Después de la experiencia fuerte de la misión, ahora viene para él el momento de entregarse como persona totalmente y no con simples actos de disponibilidad ejecutiva y estacional. Su contacto ocular con la pobreza de América Latina, más aún la confrontación con sus padres que no entendían su "no estar contento", los desafíos inútiles con su novia y su apatía hacia la universidad... son un llamado - hoy nuevo pero al mismo tiempo bien enraizado en su pasado - de máximo y estable implicancia y la respuesta no puede ser simplemente la de

elegir hacer o no buenas acciones. Es más, no se trata - como justamente Lucas ha intuido - de elegir a quién darse o cómo donarse, sino antes que nada y sobre todo, si donarse y sin reservas, de cualquier forma. Después hará lo que quiera pero en una perspectiva de apertura mayor a la vida.

¿Mi vida cambió? Es mejor decir: ¡continúa descubriendo!

El entrelazado de aceptación-responsabilidad-llamada en relación a la propia historia obra una verdadera transformación de la vida de las personas. El pasado no cambia en sus hechos objetivos sino en el potencial de sabiduría que sabe suministrar a la persona que lo vive.

Volvamos a Lucas e intentemos imaginar cómo habría contado su vida antes de la experiencia del voluntariado. Más o menos, y usando las mismas informaciones que dio al párroco, se habría descrito así: «hago cosas normales, nada extraño, con mi novia estoy bien, aunque es un desafío constante pero vamos adelante, también porque lo que me impacta de ella es su belleza. En casa tengo todo lo que quiero y mis padres no entienden por qué me quejo. En la universidad me las arreglo. A fin de cuentas me va bien en todo».

Hemos visto que, después del viaje, en el diálogo con el párroco usa la misma información, pero para describirse lo hace de manera distinta: el pasado no existe.

Probemos ahora de imaginarnos a Lucas en el futuro (aún si esta operación sea extremadamente arriesgada, lo hacemos como un juego, y sólo por un instante). Pronosticamos aquí una descripción de sí como la que sigue: «no me detengo sobre todas las cosas que hice en estos años, sino sobre los pasajes que atravesé. Se necesitó tiempo pero entendí que antes de hacer la experiencia misionera, mis desafíos de joven no era sólo 'cosa de jóvenes' sino los primeros pasos en un camino de autenticidad de alguien que no quería vivir vanamente. Después pensé que se necesitaba hacer algo nuevo y 'fuerte' y me fui a América Latina. Necesité tiempo para darme cuenta de que aquel viaje no era otra cosa que otra etapa para descubrir algo mucho más profundo y asombroso. No le saco tiempo para decirle qué cosa, desde entonces, hice y estoy haciendo. Quería sólo decirle que ahora comprendo mejor qué plenitud requiere la vida y todo lo que había hecho antes era una anticipación siempre menos pálida». Si Lucas se describe más o menos así, quiere decir que los varios pasajes evolutivos que ha vivido son un progresivo desplegarse del misterio de la vida y que él continúa cambiando.

¿Qué habrá hecho y está haciendo Lucas? Pero llegados a este punto, ¿es importante saberlo?